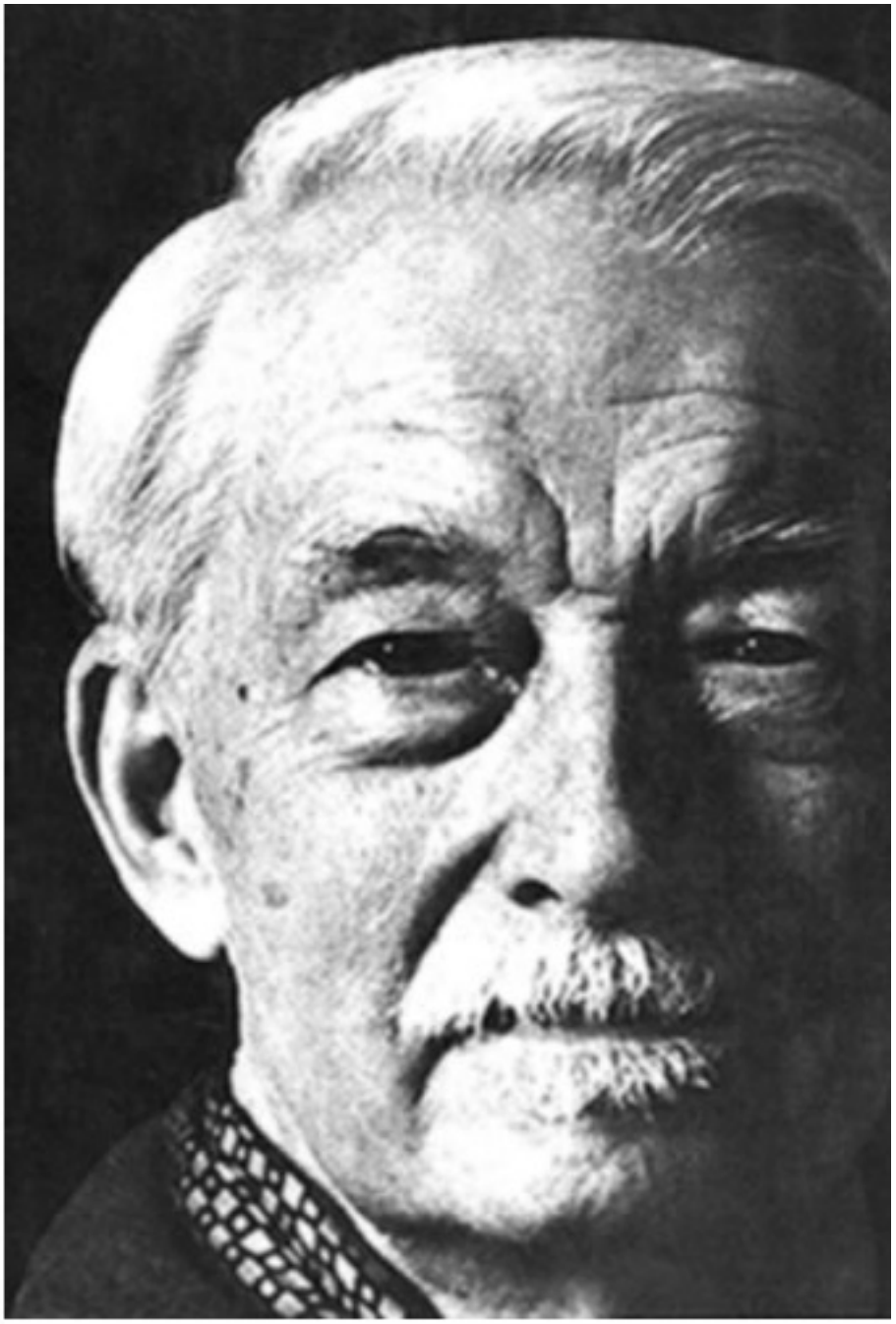
Lecturas Escogidas de Jacques Maritain

I

Angel C Correa
Editor



VISIÓN GENERAL DE SU FILOSOFÍA ARISTOTÉLICO-TOMISTA

EDICIONES
HUMANISMO
INTEGRAL

Lecturas Escogidas de Jacques Maritain

I

VISIÓN GENERAL DE SU FILOSOFÍA ARISTOTÉLICO-TOMISTA

Este trabajo reúne una colección de citas sobre la Filosofía Especulativa de Maritain, cada una de más o menos una página de extensión, clasificadas y ordenadas para facilitar su lectura continua.

Las obras citadas en este volumen – en el orden de su presentación y con indicación de la sigla que las identifica al final de cada cita – son las siguientes:

'Introducción a la Filosofía', 1920	**Intro**
'Theonas', 1921	**Th**
'Aproximaciones sin Trabas', 1973	**AsT**
'El Doctor Angélico' 1929	**DrA**
'Siete lecciones sobre el Ser', 1934	**7lS**
'De Bergson a Santo Tomás', 1944	**BaSTA**
'Sobre la Existencia y lo Existente', 1947	**ExEx**
'Angelic Doctor' (Conferencia), 1951	**ADr**
'On the use of Philosophy', 1961	**UoPh**
'Essay on Christian Philosophy' 1933	**ECPh**
'Razón y razones', 1948	**RR**
'Los Grados del Saber', 1932	**GdS**
'Tres Reformadores', 1925	**3R**
'El Campesino del Garona', 1967	**CdG**
'Scholasticism and Politics', 1940	**SchP**
'Humanismo Integral', 1936	**HI**

Jacques Maritain (1882 - 1973)

Filósofo tomista, considerado por muchos como el filósofo católico más destacado del siglo XX

He aquí algunas opiniones sobre Maritain:

Pablo VI: "Jacques Maritain, de verdad un gran pensador de nuestros días, maestro en el arte de pensar, de vivir y de orar. Su voz y su figura permanecerán en la tradición del pensamiento filosófico y de la meditación católica."

Juan Pablo II: "Jacques Maritain, un hombre que, a pesar de la comercialización de los tiempos, permanece como testigo eminente de la fe y como uno de los heraldos más significativos de la razón… Su pensamiento concuerda ejemplarmente con el gran proyecto del Magisterio de la Iglesia para el tiempo contemporáneo: Revivificarlo y renovarlo todo en Cristo, poniendo la fe en contacto con la cultura y la cultura en contacto con la fe."

Revista 'The Thomist": "Maritain escribe con el coraje propio de los visionarios que procuran movilizar a su prójimo en anteojeras, y con todo el amor por la humanidad tan evidente en su exitoso esfuerzo de entregar al presente y al futuro del hombre un lenguaje que pueden entender."

ÍNDICE DE CONTENIDOS

I. Aristóteles y Santo Tomás de Aquino	7
II. Santo Tomás y el Tomismo	12
III. Filosofía Cristiana	20
IV. El Conocimiento y la Sabiduría	27
V. Realismo e Idealismo	34
VI. Crítica de orden filosófico al Idealismo moderno	42
VII. Crítica de orden histórico al Idealismo moderno	46
VIII. Apertura y universalismo tomista	53

Total: 57 páginas

I

ARISTÓTELES Y SANTO TOMÁS DE AQUINO

1. Aristóteles salió adelante en su obra aprovechando todo el pensamiento de sus predecesores

Se puede decir que Aristóteles es único entre los filósofos, único por su genio, único por sus dones, único por su obra.

Si la sabiduría humana, o sea la filosofía, había de levantarse como un edificio digno de su grandeza, era necesario que después de la suficiente preparación histórica, un hombre solo echara sus fundamentos. Sobre estos fundamentos, millares de artesanos podrán ponerse a la tarea, porque la ciencia no se ensancha sino mediante el esfuerzo común de muchas generaciones, y nunca dice basta. Pero su dirección requiere del arquitecto único.

Descartes lo expone muy bien en su 'Discurso del Método': «Nunca hay tanta perfección en las obras compuestas de diversas partes y hechas por muchos maestros, como en aquellas en que ha trabajado un solo maestro».

Pero Descartes erró, 1°, al creer que le correspondía a él fundar la filosofía, por incompetencia de la antigüedad; 2°, al pensar que él solo era capaz si tenía tiempo y experiencia no ya de fundar, sino de terminar la ciencia; 3°, al rechazar con desprecio todo el esfuerzo de las generaciones anteriores y de la tradición humana.

En cambio, Aristóteles sólo salió adelante en su obra, consultando, discutiendo y analizando el pensamiento de sus predecesores, y aprovechándose de toda la labor acumulada antes de él. (Intro)

2. Aristóteles fundó para siempre la verdadera filosofía

Desmontando, por decirlo así, el sistema del maestro, supo Aristóteles acomodar a la realidad los principios que Platón había descubierto y aplicado erróneamente y hacer entrar a sus grandes concepciones dentro de la mesura y buen juicio trascendental; y así salvó todo lo que en la filosofía de Platón llevaba en sí un principio de vida.

Hizo más todavía. Fundó para siempre la verdadera filosofía.

Si pudo salvar todo lo bueno y recto que había, no sólo en Platón sino también en los demás pensadores de Grecia, y si llevó a término la gran obra de síntesis que Platón había prematuramente intentado, fue por haber conseguido asegurar definitivamente las conquistas de la inteligencia humana en el terreno de la realidad.

Su obra es no solamente el fruto maduro de la sabiduría griega purificada de los errores de Platón y de las huellas extrañas que en él se encuentran, sino que contiene igualmente el germen enteramente formado y dotado de posibilidades ilimitadas, de la sabiduría humana entera.

Puede decirse que hasta Aristóteles la filosofía se encontraba en estado de formación embrionaria. En adelante, y una vez formada, va a poder desarrollarse indefinidamente. (Intro)

3. Entonces se encontraron en el camino Aristóteles y la fe

La cultura escolástica que se desarrolló a partir del siglo VIII en el occidente cristiano, desconoció durante mucho tiempo los libros originales de Aristóteles, fuera del Organon (tratado de lógica). Pero no ignoraba su pensamiento que tantos autores de segundo orden habían vulgarizado.

Solamente a fines del siglo XII, los escritos del filósofo (Física, Metafísica, Ética) comenzaron a llegar a las manos de los escolásticos, gracias, sobre todo, al parecer, a la ardiente polémica sostenida en esta época por los doctores cristianos contra la filosofía de los árabes, a quienes estos escritos habían sido transmitidos y en los cuales pretendían fundar su autoridad.

Acogidos al principio con gran desconfianza, en razón precisamente del camino por donde llegaban y de los errores que les hacían cometer los comentarios árabes, todos los libros de Aristóteles fueron pronto traducidos al latín.

Entonces se encontraron en el camino la sabiduría humana y la verdad divina, Aristóteles y la fe.

Fue necesario que alguien hiciera entrar al servicio real de Cristo a la maravillosa intelectualidad de Aristóteles. Esta obra, comenzada por Alberto Magno, fue enderezada, acabada y perfeccionada por Santo Tomás de Aquino. (Intro)

4. Santo Tomás trasladó a los dominios del pensamiento cristiano la filosofía de Aristóteles

Santo Tomás no solamente trasladó a los dominios del pensamiento cristiano la filosofía de Aristóteles en su totalidad, para hacer de ella el instrumento al servicio de una síntesis teológica incomparable, sino que, además, y al mismo tiempo, realzó y, por decirlo así, transfiguró esta filosofía.

La purificó de todo error, en el orden filosófico se entiende, porque en el orden de las ciencias de observación o ciencias de los fenómenos, Santo Tomás no podía, lo mismo que Aristóteles, evitar los errores corrientes de su tiempo, errores sin consecuencias, en lo que concierne a la filosofía propiamente dicha.

La sistematizó con gran vigor y armonía, profundizó en sus principios, dedujo las conclusiones, ensanchó el horizonte y, sin quitarle una coma, la enriqueció no poco con los inmensos tesoros de la tradición latina y cristiana, dando prueba con todo esto de ser un genio filosófico tan poderoso como Aristóteles.

En fin y principalmente, echando mano su genio propiamente teológico de la filosofía de Aristóteles, como de un instrumento de la ciencia sagrada - que existe en nosotros "como una huella de la ciencia de Dios" - elevó esta filosofía sobre sí misma, sublimándola a una luz superior que hace que resplandezca la verdad de una manera más divina que humana.

Entre Aristóteles visto a través de su propia doctrina, y Aristóteles contemplado a través de Santo Tomás, hay la misma diferencia que entre una ciudad alumbrada por antorchas y la misma ciudad iluminada por los rayos del sol naciente.

Por esta razón, aunque Santo Tomás es ante todo un teólogo, se puede hablar de filosofía tomista con tanta propiedad y mayor quizás que de filosofía aristotélica. (Intro)

5. La Filosofía de Aristóteles y Santo Tomás es la filosofía natural del espíritu humano

Esta filosofía de Aristóteles y Santo Tomás es con toda propiedad, según frase de un filósofo moderno, la filosofía natural del espíritu humano; porque en efecto desarrolla y eleva a su mayor perfección lo que hay de más profunda y auténticamente natural en nuestra inteligencia, en sus primeros conocimientos, como en sus aspiraciones a la verdad.

Es también la filosofía de la evidencia, fundada a la vez en la evidencia experimental de los datos que nos dan los sentidos y en la evidencia intelectual de los primeros principios; es la filosofía del ser, por apoyarse toda ella y regularse sobre lo que es y por plegarse fielmente a todas la exigencias de lo real; es la filosofía de la inteligencia, a la cual se entrega como a la facultad de lo verdadero y a la que educa a su vez por medio de una disciplina soberanamente purificadora.

Por todas estas razones, esta filosofía tiene carácter de filosofía universal, en el sentido de que no es la expresión de una nacionalidad ni de una clase, ni de un grupo, ni de un temperamento, ni de una raza, ni de una ambición, ni de una melancolía, ni de una tendencia práctica; sino la expresión y el resultado de la razón que en todas partes es idéntica. En este mismo sentido, esta filosofía es suficiente para conducir a

las inteligencias privilegiadas hasta la ciencia más elevada y más difícil, sin dejar jamás, por otra parte, de estar a la altura de aquella certeza fundamental, espontáneamente adquirida por toda mente sincera, que constituye los dominios universales humanos del sentido común.

Se nos muestra además como continua y perdurable, philosophia perennis, en el sentido de que antes que Aristóteles y Santo Tomás la hubieran creado científicamente como filosofía propiamente dicha, ya existía desde el primer momento en su raíz, en estado prefilosófico, como instinto de la inteligencia y como conocimiento natural de las primeras conclusiones de la razón; y en el sentido, además, que desde su fundación como filosofía, ha permanecido estable y progresiva a la vez en su pujante vida tradicional, mientras que todas las otras filosofías se fueron sucediendo después de una vida precaria.

Esta filosofía se presenta, en fin, a nuestros ojos como incomparablemente una, ya porque es la única que asegura al saber humano - metafísica y ciencias - su armonía y su unidad, como también porque realiza el máximo de coherencia dentro del máximo de complejidad, y que no es posible desdeñar el más insignificante de sus principios sin falsear, por sus inmediatas repercusiones, todos los aspectos de lo real.

Tales son algunas de las señales externas que nos dan a comprender su objetividad, aun antes de haber penetrado en ella y comprobar directamente su evidencia intrínseca y su necesidad racional. (Intro)

II

SANTO TOMÁS Y EL TOMISMO

1. Santo Tomás es el más actual de todos los pensadores

Apóstol de la inteligencia, doctor de la verdad, restaurador del orden intelectual, Santo Tomás no escribió para el siglo XIII, sino para nuestro tiempo. Su tiempo es el tiempo del espíritu que domina los siglos.

Sostengo que es un autor contemporáneo, el más actual de todos los pensadores. Pero esta modernidad es la antípoda de la modernidad que se preconiza hoy día y en la que los hombres ponen sus complacencias. Porque Santo Tomás tiende a lo nuevo accidentalmente, no buscando sino lo verdadero, mientras hoy se busca lo nuevo como tal y lo verdadero se busca sólo accidentalmente.

Hoy se tiende mucho más a destruir lo antiguo que a mejorarlo, y a exaltar la originalidad de cada sujeto pensante más que conformar el pensamiento al objeto. Es la completa inversión del orden: semejante método, esencialmente particularista y negativo, es, en realidad, esencialmente retrógrado. Todas las verdades adquiridas se han de ir así fatalmente destruyendo una tras otra.

El método de Santo Tomás, por el contrario, es esencialmente universalista y positivo. Tiende, en efecto, a conservar todo el bagaje de la adquisición humana para aumentarlo y perfeccionarlo, e implica la desaparición, cada vez más completa, de la personalidad del filósofo ante la verdad del objeto.

Si adhiere a Aristóteles no es porque vea en él a un pensador de moda, recientemente importado por los árabes, sino porque ha reconocido en él al mejor intérprete de la razón natural, que estableció la filosofía sobre fundamentos conformes a su naturaleza. Y no lo sigue sino juzgándolo a cada paso, rectificándolo y purificándolo bajo una luz más elevada que no es la de Aristóteles sino la de la Sabiduría Encarnada. (DrA)

2. El Tomismo responde, en el orden especulativo, a los problemas modernos

El Tomismo no es sólo una realidad histórica. Debemos, sin duda, estudiarlo históricamente como las otras doctrinas de la Edad Media y de todas las edades.

Pero el Tomismo contiene una substancia que domina al tiempo por su universal repercusión. Responde a los problemas modernos en el orden especulativo; y en el orden práctico pone una virtud formativa y liberadora en las aspiraciones e inquietudes del tiempo presente.

En efecto. Lo que de él esperamos en el orden especulativo es la salvación actual de los valores de la inteligencia; y en el orden práctico la salvación igualmente actual (en tanto cuanto depende de una filosofía) de los valores humanos.

Nos ocupamos, en una palabra, no de un tomismo arqueológico, fósil, sino de un "Tomismo viviente".

Es deber nuestro posesionarnos seria y conscientemente de la realidad y de las exigencias de tal filosofía. De ahí surge para nosotros un doble compromiso:

a) Tenemos primeramente la imperiosa obligación de defender la sabiduría y la continuidad de la *philosophia perennis* en contra de los prejuicios del individualismo moderno, ya que éste aprecia, estima y busca lo nuevo por lo nuevo mismo y no se interesa por una doctrina, sino en la medida en que ésta representa una creación de una nueva concepción del mundo.

b) Nos es preciso además demostrar que esta sabiduría permanece siempre joven e inventiva y que en ella bulle siempre una necesidad profunda y consustancial de crecer y renovarse. Así lucharemos a brazo partido en contra de los prejuicios de los que querrían detenerla en cierto punto determinado de su marcha y desconocer su naturaleza esencialmente progresiva. (7lecS)

3. El Tomismo intenta realizar una obra de continuidad y universalidad a través de los siglos

Existe una filosofía tomista, pero no una filosofía neotomista. No pretendemos incluir el pasado en el presente, pero si mantener en el presente la actualidad de lo eterno.

El tomismo no intenta regresar a la Edad Media. Como escribíamos en el prefacio al 'Antimoderne' [1922], "si somos antimodernos no es ciertamente por antojo personal, sino por cuanto lo moderno, nacido de la revolución anticristiana, nos obliga con su espíritu a serlo, ya que opone su propia especificación al patrimonio humano, odia, desprecia el pasado y se adora; y por cuanto odiamos y despreciamos ese odio, ese desprecio y esa impureza espiritual. Mas, si se trata de salvaguardar y asimilar toda la riqueza del ser, acumulada en los tiempos modernos, y de amar el esfuerzo investigador y de anhelar las renovaciones, en verdad optaríamos entonces por ser ultramodernos."

El Tomismo usa la razón para distinguir lo verdadero de lo falso; no quiere destruir sino purificar el pensamiento moderno e integrar toda verdad descubierta después de Santo Tomás. Es una filosofía esencialmente sintética y asimiladora, la única que intenta de verdad realizar una obra de continuidad y universalidad a través de los siglos.

El Tomismo no está ni a derecha ni a izquierda; no se sitúa en el espacio, sino en el espíritu. El Tomismo es una sabiduría. Entre él y las formas particulares de la cultura deben reinar incesantes intercambios vitales, pero en su esencia es rigurosamente independiente de tales formas particulares.

La filosofía de Santo Tomás es en sí misma independiente de los datos de la fe y, en sus principios y estructura, no se origina sino en la experiencia y la razón. Esta filosofía, sin embargo, hállase en vital comunicación con la sabiduría superior de la teología y con la sabiduría de la contemplación, si bien se mantiene perfectamente distinta de las mismas. (DrA)

4. Santo Tomás es el filósofo por excelencia del Humanismo Cristiano

Estoy persuadido que Santo Tomás de Aquino es, para emplear una palabra de moda hoy, el más existencial de los filósofos.

Por razón de que es, por excelencia, un filósofo de la existencia, Santo Tomás es un pensador incomparablemente humano, y el filósofo por excelencia del Humanismo Cristiano.

En efecto, lo humano está escondido en la existencia. A medida que se desprendía de las influencias platónicas, la Edad Media cristiana ha comprendido cada vez mejor que un hombre no es una idea, es una persona, subsistente frente al universo y frente a Dios.

El hombre está en el corazón de la existencia; es allí donde vienen a herirlo todas flechas del bien y del mal, y donde la acción, la incomprensible acción del primer Ser y de los seres, lo toca y lo sostiene, o lo hiere, y donde él mismo prosigue en el tiempo su tenaz esfuerzo de criatura extraída de la nada y hecha para la felicidad.

Por tanto, sólo un pensamiento centrado sobre la existencia puede acercarse, bien que mal, a las profundidades del corazón humano, y a la grandeza original del hombre y de sus abismos, y armonizar con las aspiraciones secretas de esta imagen extraña de Dios.

Dios es llamado "celote" en razón de su amor por todo lo que es. Santo Tomás repite con frecuencia esta palabra. Porque él mismo ha tenido el celo de la existencia, posee la virtud de tranquilizar y apaciguar y fortificar, con soberana serenidad, todo lo que hay en nosotros de verdaderamente humano.

Santo Tomás respeta verdaderamente la vida humana y las profundidades del hombre, yendo por la inteligencia misma a la existencia misma. (BaSTA)

5. El Tomismo auténtico reconoce la primacía de la Existencia como suprema victoria de la Inteligencia

El existencialismo de Santo Tomás es totalmente distinto del existencialismo de las filosofías que nos salen hoy al paso; y si afirmo que a mi modo de ver es él el único existencialismo auténtico, no es que pretenda con ello rejuvenecer el Tomismo mediante un artificio verbal que me llenaría de confusión, ni que trate de presentar ridículamente a Santo Tomás con un vestido de moda.

Yo no soy un neotomista; antes preferiría ser paleotomista; soy, creo ser un tomista. Y hace ya más de treinta años que voy viendo lo difícil que es hacer comprender a nuestros contemporáneos que no deben confundir las facultades de invención de los filósofos con las de los artistas de las grandes casas de costura.

Lo que en mi opinión distingue al Tomismo auténtico de otras muchas corrientes escolásticas no tomistas, o tomistas sólo de nombre, en las que traidoramente se ha infiltrado el espíritu de Platón, o el de Descartes, el de Wolff o el de Kant, es precisamente la primacía que el Tomismo auténtico reconoce a la existencia y a la intuición del ser existencial.

En cuanto a la palabra "existencial", sabido es que se debe primeramente a la influencia de Kierkegaard su entrada en el vocabulario corriente. Más tarde el vocablo "existencialismo" recibió derecho de ciudadanía, y con tal éxito que hoy, según Sartre lo hacía notar recientemente, "ya no tiene significado alguno". Fuera de este inconveniente accidental, es en sí misma una palabra muy buena, y aun excelente.

Con relación a la filosofía tomista, acontece con ella lo que con la palabra 'realismo'. Santo Tomás no se proclamó a sí mismo ni 'existencialista', ni 'realista' (como tampoco se proclamó 'tomista'). Lo que no empece que estas cosas sean consustanciales a su pensamiento.

Hay dos maneras fundamentalmente distintas de entender la palabra existencialismo. En un caso se afirma la primacía de la existencia, pero como

implicando y salvando las esencias o naturalezas, y como manifestando una suprema victoria de la inteligencia y de la inteligibilidad – que es lo que yo considero como el existencialismo auténtico.

En el otro caso se afirma la primacía de la existencia, pero como destruyendo o suprimiendo las esencias o naturalezas, y como manifestando una suprema derrota de la inteligencia y de la inteligibilidad – cosa que yo considero con el existencialismo apócrifo; el que hoy está tan en boga y que "no tiene significado alguno". (ExEx)

6. El trabajo esencial de Santo Tomás fue establecer la verdadera relación entre la Fe y la Razón

El trabajo esencial de Santo Tomás no fue bautizar a Aristóteles. Dicho trabajo fue establecer de una manera definitiva la verdadera relación entre la Fe y la Razón, y proveer a la mente humana, tanto en lo teológico como en lo filosófico, con los principios y las armas que permiten a la Razón Cristiana avanzar incesantemente en procura de la verdad.

La tarea a la que Santo Tomás se entregó fue a armar a la Razón Cristiana – en lo que concierne a la filosofía, al razonamiento humano en el orden natural – con un equipamiento adaptado verdaderamente a la realidad.

El Doctor Angélico ha equipado a la Razón Cristiana. Eso no se puede cambiar.

Pienso que la verdadera manera de seguir al Doctor Angélico tiene que ver específicamente con la tarea de separar de la obsoleta imaginería científica propia de su tiempo, sus genuinos y imperecederos principios filosóficos, para aplicarlos a la inmensidad de hechos y conocimientos adquiridos por la ciencia moderna, así como a los nuevos problemas filosóficos que consecuentemente continúan surgiendo.

Pero semejante tarea no podrá llevarse a cabo si perdemos nuestro tiempo en un perpetuo cuestionamiento de los fundamentos primarios de la Sabiduría Cristiana, como ocurre con muchos pensadores cristianos que en la actualidad no cesan de buscar nuevos puntos de partida.

Por el contrario, dicha tarea supone una completa posesión de todos los fundamentos y principios de la filosofía Tomista y del hábito de vivirla.

La Razón Cristiana no está equipada para dormirse sobre sus propios tesoros o para repetir fórmulas de libros escolares, sino para luchar y avanzar incesantemente para liberar las verdades que el error mantiene cautivas y, así, dar respuesta a los nuevos problemas y a las nuevas angustias que, a cada paso de la historia, enfrenta el género humano.

El Tomismo no es un puesto de vigilancia construido para mantener dentro de los límites de la prudencia las intenciones de convertir a la Razón Cristiana en tributaria de cualquier moda filosófica.

El Tomismo es el arsenal de la Razón Cristiana - y de la simple razón natural - en su trabajo y esfuerzo por conquistar nuevos territorios. (ADr)

7. Papel y autoridad de la Iglesia en materia filosófica

En esta exposición consideramos a Santo Tomás únicamente como filósofo prescindiendo del teólogo. Mas, para iluminar nuestra senda será menester formarnos una somera, si bien precisa, idea de las verdades generales que rigen toda la discusión acerca de papel y autoridad de la Iglesia en materia filosófica.

Impónese, al respecto, a todo hombre que admite una revelación de Dios propuesta por la Iglesia de Cristo, ciertas verdades elementales que la Iglesia, por otra parte, declaró como definiciones dogmáticas. Para mayor claridad las resumiremos aquí:

1° La verdad nunca puede estar en pugna con la verdad: sería acabar con el primer principio de la razón.

2° Por una parte, la Filosofía, según su pura esencia, es independiente de la revelación y de la fe en su obra propia y en sus principios, a partir de los cuales se desarrolla en forma autónoma, teniendo como luz propia la luz natural de la razón y como único criterio la evidencia.

3° Por otra, la Filosofía está sin embargo sometida al magisterio de la fe, toda vez que es un error manifiesto cualquiera enunciación filosófica que destruya una verdad revelada.

La revelación, respecto a la Filosofía, desempeña el papel de norma o regla negativa, es decir: sin usurpar sus principios ni inmiscuirse para nada en sus procedimientos y en su obra propia, goza del derecho de vigilar sus conclusiones.

4° Admitido el hecho de la revelación, la Filosofía no sufrirá desmedro alguno por su subordinación indirecta a la fe. Al igual que el arte y que toda disciplina humana, la Filosofía es maestra y señora en sus dominios; pero tal señorío está, a su vez limitado y subordinado; no goza por consiguiente, de una libertad absoluta.

5° Finalmente, puede considerarse a la Filosofía no ya en sí misma, en su dominio propio, sino en cuanto entra en la estructura de una ciencia superior: la Teología.

La Teología no puede desarrollarse en el espíritu del hombre sin echar mano de las verdades filosóficas fundamentadas por la razón, que se pone en contacto con los datos suministrados por la fe para hacer derivar de ellos las consecuencias que virtualmente contienen. De este modo la Teología eleva a la Filosofía y se vale de ella como de un instrumento. (DrA)

III

FILOSOFÍA CRISTIANA

1. ¿Cuál es la utilidad de la Filosofía?

La filosofía, en sí misma, está por encima de la utilidad. Y por esta misma razón, la filosofía es de la mayor necesidad para los hombres. Les recuerda la suprema utilidad de aquellas cosas que no tienen que ver con los medios sino con los fines. Porque los hombres no sólo viven de pan, vitaminas y descubrimientos tecnológicos. Viven de valores y realidades que están por encima del tiempo, y que son dignos de ser conocidos por sí mismos; ellos nos alimentan con la invisible comida que sostiene la vida del espíritu, y nos mantienen alertas, no de tal o cual medio al servicio de la vida, sino de las razones profundas para vivir, sufrir y tener esperanza.

El filósofo en la sociedad es un testigo de la dignidad suprema del pensamiento. Él apunta a lo que es eterno en el hombre, a lo que estimula nuestra sed por el conocimiento puro y desinteresado, por el conocimiento de aquellas cuestiones fundamentales - acerca de la naturaleza de las cosas y de la naturaleza de la mente, del hombre mismo y de Dios - que son superiores e independientes de todo lo que podemos hacer, producir o crear, porque pensamos antes de actuar y nada puede limitar el alcance del pensamiento.

Nuestras decisiones prácticas dependen de las posiciones que asumimos respecto de aquellas interrogantes últimas y fundamentales que el pensamiento humano es capaz de plantear. Esa es la razón por la que los sistemas filosóficos, que no están dirigidos a ningún uso o aplicación práctica, tienen un impacto tan grande en la historia humana.

Hay dos aspectos relativos a la función del filósofo en la sociedad que tienen, me parece, especial importancia en el día de hoy. Ellos tienen que ver con la Verdad y con la Libertad.

El gran peligro que amenaza a las sociedades modernas es el debilitamiento del sentido de la Verdad. Por un lado, los hombres han alcanzado la costumbre de pensar en términos de estímulos y respuestas y de ajuste al medio ambiente; mientras que por el otro, aparecen desconcertados por el modo en que las técnicas políticas de publicidad y propaganda usan las palabras y el lenguaje mismo, por lo que, al final, tienden a abandonar todo interés en la verdad: lo único que importa son los resultados prácticos, la mera verificación material de hechos y cifras, sin que exista una adhesión interna a ninguna verdad alcanzada.

Aunque en su quehacer especulativo el filósofo no preste atención a los intereses de los hombres, ni a los del grupo social, ni a los del Estado, siempre está, sin embargo, recordándole a la sociedad el carácter absoluto e inquebrantable de la Verdad.

En cuanto a la Libertad, se trata de un requerimiento del propio bien común de la sociedad humana, el que se desintegra tan pronto como el miedo, sobreponiéndose a las convicciones íntimas, impone una orientación determinada a la mente humana.

El filósofo, incluso cuando está equivocado, critica libremente al menos las cosas hacia las que los hombres se sienten atraídos. No es sin razón que Napoleón rechazaba a los ideólogos y que los dictadores, por regla general, odian a los filósofos. (UoF)

2. ¿Es posible una Filosofía Cristiana?

¿Existe una Filosofía Cristiana? ¿Es posible una Filosofía Cristiana?

Estas preguntas inciden en materias especulativas de la mayor importancia, como la naturaleza misma de la filosofía o el valor intelectual de la fe, y, por consiguiente, las respuestas que demos debieran tener una significación práctica decisiva en nuestras actitudes espirituales básicas.

Un filósofo ordenará su vida y su pensamiento de una forma determinada si cree que para filosofar correctamente debe mantener su trabajo filosófico perfectamente diferenciado de su vida de oración y fe (en el supuesto de que tiene una vida de oración y fe).

Muy diferente será el caso del filósofo que cree, por el contrario, que debe unir su labor filosófica y su fe de una forma orgánica, y que, por consiguiente, aspira a realizar una obra de razón activada e inspirada por su vida de oración, aunque manteniéndola siempre dentro de los límites del más absoluto rigor y pureza.

Este es, por lo demás, el mismo problema que encontramos, aunque en términos diferentes, en el caso del artista y también en el caso del historiador o del exégeta.

He aquí los términos del problema.

Existe una cierta corriente de pensamiento que tiende a negar a la sabiduría humana, esto es, a la filosofía, un carácter autónomo con relación a la fe religiosa. De acuerdo a esta corriente, la filosofía, como principio de verdad, necesita esencialmente de la fe. No sólo eso, cualquier distinción entre una sabiduría puramente natural y la sabiduría del Espíritu Santo es rayana en la blasfemia.

Por el contrario, existe otra tradición, la de los racionalistas, que deduce que, porque la filosofia es distinta de la fe, no puede tener nada en común con la fe, salvo de una manera absolutamente exterior, de modo que la noción de Filosofía Cristiana no solamente es compleja en su estructura, sino que es espúrea e incapaz de resistir cualquier análisis serio.

Lo más lamentable en esto es que ambas posiciones encuentran su justificación primeramente en el rechazo de la posición adversa.

Procuraré presentar los elementos de una solución a un nivel puramente doctrinario. (ECPh)

3. La Filosofía Cristiana a la luz de la teoría Tomista.

En mi opinión, el principio de solución a la cuestión de la Filosofía Cristiana debe ser encontrado en la distinción clásica entre el orden de especificación y el orden de ejercicio, o, usando una terminología que me parece más adecuada al caso, la distincion entre "naturaleza" y "estado".

Esto significa que debemos distinguir entre la naturaleza de la filosofía, esto es, lo que la filosofía es en sí misma, y el estado en que la filosofía se presenta en la realidad, históricamente, lo que dice relación con sus condiciones concretas de existencia y ejercicio.

Naturaleza de la Filosofía.

El desarrollo y dinámica de la organización del espíritu que llamamos filosofía, toma forma en nosotros en relación a un objeto hacia el cual nuestra inteligencia tiende y al que se adapta naturalmente. De allí que la naturaleza de la filosofía está determinada únicamente en función de ese objeto hacia el cual tiende por sí misma.

Quienquiera que falle en reconocer que el dominio de la filosofía está, por su propia naturaleza, delimitado solamente por el alcance de las facultades naturales de la mente humana - sea cual fuere la filosofía de que se trate - niega la filosofía.

Para Santo Tomás, la afirmación del carácter natural o racional de la filosofía es absolutamente básica. Tal afirmación debe ser mantenida a todo precio, para salvaguardar la exacta naturaleza de la fe y de la razón y para mantener intacta la distinción primordial entre los órdenes natural y sobrenatural.

La filosofía Tomista - no digo la teología Tomista - en cuanto construida formalmente, es absolutamente racional; en su tejido no cabe ningún razonamiento proveniente de la fe; deriva intrínsecamente sólo de la razón y de la crítica racional; y su solidez filosófica está basada enteramente en la evidencia experimental o intelectual y en la demostración lógica.

De estas consideraciones se desprende que, puesto que la especificación de la filosofía descansa enteramente en su objeto formal, y dado que dicho objeto es completamente de orden racional, la filosofía considerada en sí misma - ya sea en una mente pagana o en una mente cristiana - depende de un mismo criterio estricta e intrinsicamente natural y racional.

Por eso, la designación de Cristiana que aplicamos a la filosofía no se refiere a aquello que constituye su esencia filosófica. Simplemente como filosofía es independiente de la fe cristiana en lo relativo a su objeto, a sus principios y a sus métodos."

Estado de la Filosofía

Desde el punto de vista del estado de la filosofía, esto es, de sus condiciones de existencia, es claro que antes que la filosofía pueda alcanzar su completo y normal desarrollo en la mente, requerirá del filósofo muchas enmiendas y purificaciones, disciplinando no sólo la razón sino también el corazón.

Para filosofar el hombre debe poner en juego toda su alma, de la misma manera que para correr debe usar su corazón y sus pulmones.

Aquí nos encontramos con lo que, en mi opinión, constituye un punto crucial de discusión, en el que, además, el desacuerdo entre cristianos y no cristianos se hace inevitable.

Brevemente presentaré lo que, a mi modo de entender, son los principales componentes del estado cristiano de la filosofía.

Primera y principalmente, debemos considerar aquellos elementos pertenecientes por su naturaleza al ámbito de la filosofía, pero que han sido presentados por la revelación cristiana, y que por eso, en el hecho, los filósofos han fallado en reconocer explícitamente.

Es preciso aclarar aquí que, cuando es aplicada a la filosofía, la palabra revelación no se refiere a todo el contenido revelado, sino simplemente a aquellos elementos de orden natural implícitos en la revelación o relativos a ella.

Un caso es, por ejemplo, la idea de la creación. También está la idea de Dios como Ser Subsistente por Sí mismo: una idea establecida por Moisés, pero que los Doctores de la Iglesia extrajeron de Aristóteles. Del mismo modo, en la esfera moral, tenemos la idea de pecado, en el sentido ético de ofensa contra Dios, una idea de la que, a pesar de todos sus esfuerzos, la filosofía occidental no ha podido deshacerse.

Ideas de este tipo son de la mayor importancia para toda la filosofía y, en cada una de ellas, la razón ha recibido incuestionablemente, un aporte positivo de la revelación.

Por otra parte, el cristiano ve la validez de la razón confirmada divinamente por el hecho de que la fe, no obstante ser de un carácter supra racional, es eminentemente razonable.

Finalmente, la suerte de la filosofía está envuelta, de hecho y de derecho, con aquella porción de la revelación que nada tiene que ver con datos naturalmente racionales, sino que esencialmente con los misterios sobrenaturales. Esto es así, porque en un sistema cristiano de pensamiento, la filosofía es usada por la teología como un instrumento para dilucidar esos misterios.

Pero eso no es todo. La propia experiencia del filósofo ha sido revitalizada por la Cristiandad. De allí surge una actitud fraternal hacia las cosas y la realidad - quiero decir en el sentido que ellas son conocibles - por la cual el progreso de la mente humana está en deuda con la Edad Media Cristiana.

Todo indica que fue esta actitud la que estableció las bases, por un lado, para el florecimiento de las ciencias empíricas y, por el otro, para la expansión del conocimiento reflexivo del que el mundo moderno se enorgullece. (ECPh)

4. La doctrina de Santo Tomás es el ejemplo más amplio y puro de una Filosofía Cristiana

Hemos podido apreciar que la expresión Filosofía Cristiana no designa una naturaleza simple sino una naturaleza compleja, esto es, una naturaleza tomada en un estado particular que corresponde a algo muy real.

La Filosofía Cristiana no es un determinado cuerpo de verdades, aunque, en mi opinión, la doctrina de Santo Tomás la ejemplifica en su forma más amplia y pura .

La Filosofía Cristiana es, en sí misma, filosofía en cuanto está situada en aquellas condiciones de existencia en las que la Cristiandad ha guiado al sujeto pensante, a consecuencia de lo cual la filosofía percibe ciertos objetos y demuestra válidamente ciertas proposiciones, las cuales, en otras circunstancias, en mayor o menor medida, hubieran sido eludidas.

Esta relación no es accidental: resulta de la misma naturaleza de la filosofía, de su inclinación natural a conocer su propio objeto tanto como sea posible, y también de la naturaleza de la doctrina y vida cristiana.

Ahora bien, en lo concerniente al Tomismo en particular, debemos decir, en primer lugar, que si es filosofía, lo es en cuanto a que es racional y no en cuanto a que es cristiano. Pero, si tomamos el punto de vista de su desarrollo histórico, debemos admitir que el tomismo debe su estatura de verdadera filosofía no sólo a la razón, sino que también al sustento recibido desde arriba, aquel que de acuerdo a Aristóteles, siendo la fuente de la razón es más grande que la razón.

En todo caso, permanece el hecho que lo que cuenta en una filosofía no es que sea cristiana sino que sea verdadera.

Lo reitero. No importa cuales sean las condiciones de su desarrollo y ejercicio en el alma del filósofo, la filosofía depende de la razón; mientras más verdadera sea, más rigurosamente fiel será a su naturaleza filosófica.

Es por esta razón que, lejos de estar sorprendido, como ocurre con algunos, por el hecho de que Santo Tomás consiguió su armadura filosófica del más sólido de los pensadores de la antigüedad pagana, yo encuentro que eso es una fuente de verdadero estímulo intelectual. (ECPh)

IV

EL CONOCIMIENTO Y LA SABIDURÍA

1. La luz del espíritu humano es el conocimiento

Los dolores y las esperanzas de nuestro tiempo se deben indudablemente a causas materiales, a factores económicos y técnicos que desempeñan un papel esencial en el movimiento de la historia humana.

Pero en un plano más profundo se deben a ideas, al drama en el cual el espíritu está comprometido, a fuerzas invisibles que nacen y se desarrollan en nuestra inteligencia y en nuestro corazón.

Porque la historia no es un desarrollo mecánico de acontecimientos, en medio de los cuales el hombre estaría sencillamente situado como un extraño; la historia humana es humana en su sustancia misma, es la historia de nuestro propio ser, de esta carne miserable sometida a todas las esclavitudes de la naturaleza y de su propia debilidad; carne, empero que un espíritu habita e informa, y a la que este espíritu confiere el peligroso privilegio de la libertad.

Nada es, pues, más importante que lo que ocurre en el interior de este universo invisible que es el espíritu del hombre.

Y la luz de este universo es el conocimiento.

Una de las condiciones requeridas para construir un mundo más digno del hombre y para llegar a una nueva civilización, consiste en volver a las fuentes auténticas del conocimiento, en saber qué es el conocimiento, cuál es su valor, cuáles son sus grados y de qué manera puede éste lograr la unidad interior del ser humano." (RR)

2. El conocimiento no tiende al poder ni a la acción, sino a la verdad

¡Conocimiento! ¡Sabiduría! Estas palabras ejercieron gran poder de fascinación en el corazón del hombre, desde los orígenes de nuestra especie.

La gran desviación que se manifiesta en los tiempos primitivos, y que siempre amenaza con reaparecer en los momentos turbulentos de nuestra historia, es la confusión o identificación de la Ciencia con el Poder. Es la concepción mágica de la sabiduría o de la ciencia.

Uno de los rasgos de barbarie del imperialismo alemán fue resucitar en cierto modo esta confusión de la ciencia con el poder. Encontramos la misma confusión en el marxismo. Me pregunto si, en un grado menor, todo el mundo moderno no está contaminado por ella.

El conocimiento, por su misma naturaleza, no tiende al poder ni siquiera a la acción, sino a la verdad. Y en todos los grados del conocimiento, desde el más humilde al más elevado, es la verdad lo que se libera.

Si la civilización, profundamente quebrantada hoy día, ha de renacer, será necesario, como una de las condiciones fundamentales de este renacimiento, que el conocimiento recupere su verdadera naturaleza y deje de estar ordenado hacia el poder o confundido con éste. Será necesario que la inteligencia reconozca en toda la extensión y la diversidad de su dominio, el carácter sagrado de la verdad. (RR)

3. El imperialismo intelectual conduce a daños más graves y profundos que el imperialismo político

En la historia del conocimiento humano vemos cómo ya una o ya otra de las virtudes intelectuales, ora uno u ora otro de los tipos de saber, con una especie de sentido imperialista, procura adueñarse del universo del conocimiento a expensas de los otros tipos de saber.

Por ejemplo, en los tiempos de Platón y de Aristóteles hubo un período de imperialismo filosófico y metafísico; en la Edad Media, por lo menos antes de Santo Tomás de Aquino, reinó en una época el imperialismo teológico; desde Descartes, Kant y Augusto Comte comenzó una época de imperialismo científico que progresivamente fue rebajando el nivel de la razón, al tiempo que pretendía un magnífico dominio técnico de la naturaleza material.

Se llevaría a cabo una gran conquista en favor del espíritu humano si se pusiera coto a estos intentos de imperialismo intelectual, que conducen a daños tan graves y hasta más profundos que los intentos del imperialismo político, y si se asegurara, sobre bases inquebrantables, la autoridad y la autonomía, así como la armonía vital y el auxilio mutuo de las grandes disciplinas del conocimiento, mediante las cuales la inteligencua del hombre tiende incansablemente hacia la verdad. (RR)

4. La fe religiosa normalmente presupone la convicción racional de la existencia de Dios

La pregunta crucial de nuestra era cultural es si es posible alcanzar y conocer la realidad no sólo "fenomenológicamente" por la ciencia, sino también "ontológicamente" por la filosofía.

Esta pregunta es todavía mas crucial para el hombre común que para el científico. Eso se debe a que el impacto de los hábitos de pensar dominantes en una civilización industrial, en la que la manipulación juega un rol principal, se traduce en una pérdida del sentido del ser en la mente de un gran número de personas, que no son científicos pero que otorgan valor racional solamente a los hechos y a los aspectos físicos. Así, mientras los científicos saben al menos qué es la ciencia y cuáles son sus limitaciones, la gente a que me refiero no tiene experiencia, y sólo creen más bien ingenuamente que la ciencia es la única vía de acercamiento racional a la realidad, es más, que la ciencia tiene todas las respuestas racionales necesarias para la vida humana.

Consecuentemente, todo conocimiento racional de la existencia de Dios - sea pre-filosófico (mediante el simple uso natural de la razón) o filosófico (por medio de la razón entrenada en las disciplinas filosóficas) - es letra muerta para ellos.

Las personas cuyo intelecto se ha reducido a tal extremo pueden adherir a alguna religión y creer religiosamente en Dios - sea como un don o gracia divina, o como una respuesta a necesidades irracionales, o como resultado de su adaptación a un ambiente determinado. Pero son ateas en lo que concierne a la razón. La fe religiosa está por encima de la razón, pero normalmente presupone la convicción racional de la existencia de Dios. (UoPh)

5. Existe una jerarquía orgánica de los diversos grados del saber

La ciencia de los fenómenos de la naturaleza, las matemáticas, la filosofía de la naturaleza y la metafísica, constituyen los grados naturales del conocimiento especulativo.

Estas diferentes disciplinas del conocimiento no podrían sustituirse unas por otras, ni rivalizar entre sí, dado que no actúan en el mismo terreno, y puesto que aplican sus diferentes luces a campos objetivos diferentes. La física, la química, la biología, por ejemplo, podrán progresar indefinidamente, cada una en su plano, en el conocimiento del ser humano, sin encontrarse nunca con las preguntas y respuestas propias del conocimiento filosófico de ese mismo ser humano, que son verificadas en un plano distinto.

Si un biólogo, reflexionando sobre la ciencia, se ve llevado a plantear tales cuestiones, ello se debe a que no es solamente biólogo, sino también filósofo. Y para responder convenientemente a tales interrogantes tendrá que recurrir a los instrumentos de la filosofía.

Podemos avanzar indefinidamente en el conocimiento del aparato ocular y de los centros nerviosos de la visión, pero la pregunta ¿qué es la sensación? dependerá siempre de otro orden de conocimientos. Podemos avanzar indefinidamente en el conocimiento de la química del ser humano o de su fisiología, o hasta de su psicología empíricamente considerada e interpretada, pero la cuestión ¿tiene el hombre un alma espiritual? pertenecerá siempre a otro orden de conocimientos.

En definitiva, esta consideración de la diversidad específica y de la jerarquía orgánica de los grados del saber nos permite comprender en qué forma pueden

reconciliarse la ciencia y la sabiduría y cómo, gracias a la sabiduría, ordenadora del conocimiento, el hombre puede reencontrar su unidad en una paz activa y viviente de su inteligencia, uno de los bienes que más necesita hoy día y al que, a menudo sin saberlo, aspira desesperadamente.

Pero para comprender todas estas cosas hay que terminar primero con el grave error introducido por Descartes en el pensamiento moderno. Hay que acabar con la idea de la unidad esencial y específica de las ciencias. (RR)

6. La Filosofía es Sabiduría por considerar las causas más elevadas de todas las cosas

La filosofía es el conocimiento científico que, mediante la luz natural de la razón, considera las primeras causas o las razones más elevadas de todas las cosas.

La filosofía trata de todas las cosas, es una ciencia universal.

¿Quiere esto decir que absorbe en sí a todas las ciencias y que ella es la ciencia única (como propone Descartes), de la que las demás no serían sino partes; o al contrario, que ella queda absorbida en las demás ciencias (como afirma Augusto Comte), de las cuales no sería sino una sistematización ordenada?

Nada de eso. La filosofía tiene su naturaleza y su objeto propio y es distinta de las otras ciencias.

La filosofía investiga en las cosas no el por qué inmediato de los fenómenos que caen bajo nuestros sentidos, sino, al contrario, el por qué más remoto, aquel más allá del cual no puede remontarse la razón. Las otras ciencias, en cambio, tienen por objeto tal o cual parte de lo que existe, tales o cuales seres, y en ellos no investigan sino las causas segundas o los principios próximos. Es decir, que la filosofía es el más excelso de los conocimientos humanos.

Es decir, asimismo, que la filosofía es propiamente hablando una sabiduría, por ser propio de la sabiduría el considerar las causas más elevadas. De modo que en unos pocos principios encierra la naturaleza entera y enriquece la inteligencia sin abrumarla.

Todo lo que acabamos de decir conviene pura y simplemente a la filosofía primera o metafísica, pero puede hacerse extensivo a la filosofía entera, tomada como un conjunto cuya parte capital es la metafísica. (Intro)

7. Es una condición de vida y de progreso de la filosofía su contacto íntimo con las ciencias inferiores

La filosofía es la más elevada de las ciencias humanas; es verdaderamente una sabiduría. Las otras ciencias están sometidas a ella en el sentido de que las juzga, las dirige y defiende sus principios. En cambio, ella es libre con respecto a las ciencias y no depende de ellas sino como de los instrumentos de que echa mano.

Toda ciencia es de por sí autónoma, en el sentido que posee los medios necesarios y suficientes para asegurar la verdad en su terreno, sin que nadie pueda negarle las verdades así establecidas.

Es verdad que la filosofía, si bien es distinta de las ciencias particulares, no está separada ni aislada de ellas. Tiene por, el contrario, el deber de ejercer su oficio de ciencia superior, proyectando constantemente su luz sobre los descubrimientos, las teorías, la actividad incesante y el movimiento de las ciencias. Y una de las primeras condiciones de su vida y de su progreso en el mundo, es su contacto íntimo con las disciplinas inferiores interpretando y fecundando sus datos.

En la medida en que se ocupa así en interpretar, con la ayuda de sus propias verdades, los hechos o las teorías que la ciencia positiva tiene por demostrados, los errores o las insuficiencias de la ciencia positiva pueden introducir incidentalmente detalles caducos en una ciencia filosófica verdadera, cosa que puede suceder a lo largo del desarrollo humano de la filosofía. Esas disciplinas inferiores no pueden falsear una filosofía sino en la medida que ésta se aleje de su propia naturaleza o se encadene a esas ciencias inferiores.

Se echa de ver por todo lo dicho que, por razón de la naturaleza y de las exigencias de la filosofía, es necesario que ésta esté informada, hasta donde le sea posible, del estado de las ciencias en cada época, a condición, se entiende, de que la verdad filosófica permanezca en libertad de acción a su respecto.

Seguramente, aunque el filósofo, como tal, no tiene por qué echar mano de las proposiciones de las ciencias particulares para establecer sus propias tesis, debe, sin embargo, emplearlas:

1° para ilustrar convenientemente sus principios;

2° para confirmar sus conclusiones;

3° para interpretar, aclarar y asimilar los resultados adquiridos por las ciencias, en la medida que interese a los problemas filosóficos;

4° para refutar las objeciones y los errores que pretendieran apoyarse en los resultados de la ciencia. (Intro)

V

REALISMO E IDEALISMO

1. ¿Cómo se forma el conocimiento humano según el Realismo Tomista

Una tesis fundamental de la filosofía escolástica es: el objeto formal de la inteligencia es el ser. En esto hay que considerar dos planos diferentes.

1.- Los tomistas se preguntan, en primer lugar, cuál es el primer objeto captado por la inteligencia humana, un objeto, por consiguiente, aprehendido por todo hombre desde el instante mismo en que comienza a pensar como ser racional, un objeto presentado a primera vista al espíritu humano.

Los tomistas responden: el primer objeto captado por la inteligencia humana es el SER en cuanto envuelto o incorporado en lo sensible, el SER "investido" en las diversas naturalezas que caen bajo los sentidos, algo encubierto por tal o cual naturaleza, por el perro, el caballo o el ladrillo, etc., cierta cosa a la vez cubierta en esto y en aquello y diversificada por esto y por aquello.

2.- La segunda operación del espíritu es el juicio.

En el JUICIO es donde la inteligencia especulativa, al componer y al dividir, capta el ser no solamente desde el punto de vista de la esencia o naturaleza sensible, sino también desde el punto de vista de la existencia misma, actual o posible.

Cuando decimos que la inteligencia tiene el ser como objeto - y en esto radica el profundo realismo del tomismo - no nos detenemos en las esencias o naturalezas sensibles; la inteligencia, cuando formula en su interior un juicio que corresponde a lo que la cosa es o no es fuera del espíritu, llega hasta la existencia misma.

El acto de la inteligencia se completa en la existencia afirmada o negada en un juicio, en la intimidad del espíritu, dentro del acto espiritual del entendimiento.

En el juicio es donde se completa el conocimiento. (7lecS)

2. La verdad del conocimiento consiste en la conformidad de nuestro espíritu con la cosa pensada

1.- ¿En qué consiste la verdad del conocimiento? Por lo que respecta a esta cuestión, fácil es darse cuenta de lo que significa la noción de la verdad.

¿Qué es una palabra verdadera o verídica? Es aquella que expresa con exactitud el pensamiento del que habla, una palabra conforme al pensamiento.

¿Qué es un pensamiento verdadero? Es aquel que presenta tal como es la cosa a que se refiere, un pensamiento conforme a esa cosa. Se sigue de aquí que la verdad de nuestro espíritu consiste en su conformidad con la cosa.

Imposible dar otra definición de la verdad sin engañarnos a nosotros mismos, es decir, sin falsear la noción de verdad que de hecho y en el ejercicio viviente de nuestra inteligencia empleamos cada vez que pensamos.

a) Se puede notar, después de lo dicho, que un pensamiento falso en todos sus elementos es imposible, porque si no se identifica con ninguna cosa, sería nada en el orden del pensamiento. Si digo, por ejemplo, "las piedras tienen alma", digo claramente una cosa falsa, pero es al menos verdad que existen las piedras y que ciertos seres tienen alma, de modo que no todos los elementos que entran en esa proposición son falsos. Así el error supone siempre una verdad.

b) Se puede igualmente notar que, si se pusiera real y seriamente en duda la veracidad de sus facultades cognoscitivas, el hombre no podrá vivir. Toda acción y toda omisión en el obrar es una acto de confianza en esa veracidad y, siendo esto así, obrar, lo mismo que no obrar, serían igualmente imposibles. Aquel que pretendiera guiarse por este pensamiento: "No existe la verdad", caería inevitablemente en la demencia.

2.- ¿Se puede refutar a aquellos que ponen en duda la veracidad de nuestras facultades cognoscitivas, sobre todo de la inteligencia y de la razón?

En cuanto a los escépticos, quienes, al menos teóricamente hablando, ponen en duda la veracidad de nuestras facultades cognoscitivas y, sobretodo, las de la inteligencia o de la razón, sería inútil pretender demostrarles esta veracidad, ya que toda demostración se apoya en alguna certeza y ellos hacen precisamente profesión de no admitir ninguna certeza y de rechazarlas todas.

Bastará para defender contra ellos el conocimiento humano con reducirlos al absurdo: cuando dicen que "no saben si una proposición es verdadera", o bien saben que esta proposición por ellos enunciada es cierta, y en tal caso se contradicen manifiestamente, o bien ignoran si es verdadera, y en este caso nada dicen o no saben lo que dicen.

Los que dudan de la verdad no pueden, pues, filosofar sino guardando silencio absoluto, aun en el interior de su mente, y, según las palabras de Aristóteles, reduciéndose a la condición de los vegetales.

Indudablemente, la razón se engaña con frecuencia, sobre todo cuando se ocupa de materias difíciles y elevadas; y Cicerón decía que no hay absurdo en el mundo de las ideas que no lo haya sostenido algún filósofo.

Así, pues, la verdad es difícil de ser alcanzada, pero es error de cobardes el tomar una dificultad por una imposibilidad. (Intro)

3. El punto central en la confrontación Realismo-Idealismo es la distinción entre "cosa" y "objeto"

Ni Aristóteles ni Santo Tomás, fundamental y conscientemente "realistas", "vitalmente" realistas, sintieron la necesidad de calificarse realistas en el sentido que en nuestros días damos al vocablo; no había surgido aún en Occidente, como doctrina y sistema, el error al que el realismo se opone: el idealismo.

Se puede ver que una misma cosa se encuentra a la vez en el mundo de la naturaleza y en el mundo del pensamiento; en el mundo de la naturaleza como cosa existente o capaz de existir por sí misma; y en el mundo del pensamiento, como cosa conocida, la cosa en cuanto objeto puesto ante la facultad de conocer de nuestra inteligencia.

Las cosas en cuanto objetos de nuestra inteligencia implican una abstracción de su existencia actual y, de por sí, sólo una existencia posible.

Las cosas en cuanto objetos de nuestros sentidos connotan, por el contrario, una existencia en acto y percibida.

Pues bien, ambos, la cosa (existente o capaz de existir) y el objeto (de nuestro conocimiento), son percibidos en un mismo e indivisible instante por una misma percepción.

La tragedia del pensamiento moderno comenzó cuando los escolásticos de la decadencia, y Descartes después de ellos, separaron el objeto de la cosa; la cosa venía entonces a ser un doble problemático detrás del objeto.

Casi todos los modernos toman al objeto como puro objeto; lo consideran separado en sí mismo de toda cosa en donde existiría y radicaría con una existencia independiente del pensamiento.

Preciso es afirmar que esto es un error fundamental. (GdS)

4. Lo primero que se piensa es la cosa (el ser) independiente del pensamiento

Los filósofos imbuidos en los principios de Descartes califican todo realismo auténtico de "realismo ingenuo". Si por ventura se les quiere mostrar que, aplicada al realismo aristotélico-tomista, tal denominación es en sí misma pueril, no se los acaba de convencer, porque la ingenuidad consiste para ellos en comenzar por un acto de conocimiento de las cosas y no por un acto de conocimiento del conocimiento.

¡Enhorabuena! El espíritu debe efectivamente elegir su camino desde el comienzo; se requiere de él una decisión primera, ordenada a gobernar todo su destino.

El primer acto de reflexión enseña que quien ha elegido según la naturaleza y sin rechazar la primera evidencia objetiva, ha elegido sabiamente; y aquel que ha escogido contra la naturaleza, exigiendo una segunda ley antes de seguir la primera, ha escogido un absurdo; ha querido comenzar por lo que está en segundo lugar.

No se piensa lo pensado sino después de haber pensado lo pensable "apto para existir", esto es, lo real al menos posible.

Lo primero que se piensa es el ser independiente del pensamiento. Lo pensado objeto del primer pensamiento no es 'lo pensado', es el ser. No se come lo comido, se come pan.

Separar el 'objeto' de la 'cosa' es violar la naturaleza de la inteligencia. Todo el esfuerzo del idealismo tiende a suprimir toda causal material, a suprimir toda "cosa", para no dejar ya subsistir sino puros "objetos". Así, la filosofía llega cada vez más a ser puramente reflexiva.

Una filosofía exclusivamente reflexiva juzga no a partir de lo que es, sino a partir de la idea de lo que es, y de la idea de la idea, y de la idea de la idea de la idea de lo que es, en un tono tanto más superior cuanto más se aleja de lo real y evita con más cuidado rozarse con él.

Por su parte, el arrojo y coraje propio de la filosofía de la naturaleza, así como de la metafísica, es afrontar realidades extra mentales, ponerse en contacto con las cosas, juzgar a partir de lo que es. Y su humildad propia consiste en hacerse medir por las cosas. Y esto es lo insoportable para el idealismo y lo que evita a toda costa. (GdS)

5. El pensamiento humano, después de Descartes, rechaza ser medido y regulado por las cosas

Repliegue del espíritu humano sobre sí mismo, independencia de la razón respecto de lo sensible, independencia respecto de las naturalezas reales y, finalmente,

cisma irremediable entre la inteligencia y el ser: he aquí cómo Descartes reveló el Pensamiento al pensamiento mismo.

Esta desnaturalización de la razón humana debía conducirnos a reivindicar para nuestra inteligencia la autonomía perfecta, la independencia absoluta. Pese a todos los desmentidos y a todas las miserias de una experiencia suficientemente humillante, esta reivindicación sigue siendo el principio secreto de la disolución de nuestra cultura y del mal del que el Occidente apóstata se empeña en morir.

Porque quiere para sí una libertad absoluta e indeterminada, es natural que el pensamiento humano, después de Descartes, rechace ser medido y regulado por las 'cosas' y eluda someterse a las necesidades inteligibles.

Libertad respecto de la 'cosa': he ahí la madre y nodriza de toda las libertades modernas, la más bella conquista del Progreso, que dispensándonos de toda regla nos somete a cualquier cosa.

La reforma cartesiana no es sólo el manantial del torrente de ilusiones y de fábulas que pretendidas claridades han arrojado sobre nosotros desde hace dos siglos y medio; también es responsable, en gran parte, de la gran futileza del mundo moderno, de esa extraña condición en que vemos a la humanidad, tan poderosa sobre la materia, tan hábil y astuta para dominar el universo físico, cuanto débil y desorientada ante las realidades inteligibles. (3R)

6. El Idealismo busca ante todo no verse obligado a encontrarse con una suprema realidad trascendente

El idealismo se escandaliza de que la inteligencia deba ser medida por una cosa, una cosa con una existencia menos noble que el conocer, y a la cual debe unirse por un esfuerzo de sumisión, sin poder jamás agotarlo.

Pero la verdad es que la excelencia y grandeza de la inteligencia no sufren en esto ningún detrimento. Al hacerse medir por las cosas, nuestra inteligencia es medida en definitiva por la propia inteligencia, por la inteligencia en acto puro, por la misma que mide las cosas, la que hace las cosas inteligibles en acto, y la que,

por medio de las cosas y de los sentidos, determina la inteligencia que conoce. El idealismo rechaza esto.

Interviene aquí una oscura y poderosa motivación a la que obedece inconscientemente, traicionando su propio plan. Se trata para él de no ser conducido a cierto término, de evitar cierta conclusión final.

Si desde el comienzo se rechazan con tanto cuidado las cosas y su consistencia extra mental reguladora de nuestro pensamiento, es porque ante todo se busca no verse obligado a encontrarse, al fin, en presencia de una suprema realidad trascendente, de un abismo de personalidad ante el cual todo corazón está al descubierto y que nuestro pensamiento debe adorar. Los baluartes y las fortalezas de la filosofía idealista vienen a ser, en definitiva, descomunales obras de protección contra la personalidad divina.

Basta que haya cosas para que Dios sea inevitable. Otorguemos a una brizna de hierba, a la más diminuta hormiga, un valor de realidad ontológica y no podemos escapar a la terrible mano que nos ha creado. (GdS)

7. Los idealistas no son filósofos. Son "ideósofos"

En realidad, un filósofo no puede ser idealista. Parecerá que digo una enormidad; pero enuncio una verdad axiomática. Pienso en el padre del idealismo moderno, Descartes, y en toda la serie de sus herederos, quienes, cada uno mudando su sistema, han seguido un curva evolutiva de una lógica interna irresistible.

Todos esos hombres empiezan por el pensamiento solo, y ahí se quedan, ya sea que nieguen la realidad de las cosas y del mundo, ya sea que de una manera o de otra la reabsorban en el pensamiento.

¿Qué quiere decir esto?

Recusan desde el primer momento aquello mismo en que el pensamiento se apoya, y sin lo cual el pensamiento no es sino un sueño; recusan la realidad que hay que conocer y comprender, que está aquí, vista, tocada, cogida por los sentidos,

y con la cual tiene que ver directamente un intelecto que es el de un hombre, no el de un ángel, la realidad sobre la cual y a partir de la cual un filósofo nace para interrogarse: y sin eso no es nada. Recusan el fundamento absolutamente primero del saber filosófico y de la búsqueda filosófica.

Son como un lógico que recusara la razón, como un matemático que recusara la unidad y la dualidad, como un biólogo que recusara la vida. Ya al ponerse en camino volvieron la espalda al saber filosófico y a la investigación filosófica. No son filósofos.

Eso no quiere decir de ningún modo que un filósofo debería ponerlos a un lado y considerarlos como unos juglares. Su contribución a la historia del pensamiento ha sido inmensa. Han aportado a la filosofía servicios considerables, han obligado a los filósofos a tomar más explícitamente conciencia de la atención que deben prestar a la teoría del conocimiento y al examen crítico de sus vías.

De todos los pensadores - y grandes pensadores - cuya línea toma su origen en Descartes, no discuto ni la excepcional inteligencia, ni la importancia, ni el valor, ni, a veces, el genio. Con respeto a ellos no discuto absolutamente sino una cosa, pero la discuto con todas mis fuerzas y con la seguridad de tener razón: es su derecho al nombre de filósofos. En lo que a ellos respecta, hay que barrer ese título de un manotazo. No son filósofos; son ideósofos, único nombre exacto con el cual conviene llamarlos. Pero en sí mismo, este nombre no es peyorativo; designa simplemente otra vía de investigación y de pensamiento, distinta de la filosofía.

La exactitud del vocabulario importa siempre; y en el caso presente importa de modo especial. Unos pensadores que desde el comienzo se han puesto fuera del campo del saber filosófico y de la búsqueda filosófica, no son filósofos.

(Por lo demás, se puede notar entre paréntesis que los mismos pensadores a los que en la hora actual el lenguaje corriente, poco cuidadoso de exactitud, sigue llamando filósofos, no se muestran particularmente ansiosos de reivindicar ese nombre. Aprecian mucho más el de fenomenólogos. Y muchos de ellos no querrían ser, según parece, sino un punto de paso en el que tomaría conciencia de sí, por un momento, el flujo de la búsqueda. Su desgracia es no haber visto que el pensamiento no es un hijo sumiso del tiempo...). (CdG)

VI

CRÍTICA DE ORDEN FILOSÓFICO AL IDEALISMO DEL MUNDO MODERNO

1. El mal de los tiempos modernos es, ante todo, un mal de la inteligencia

El mal que sufren los tiempos modernos es, ante todo, un mal de la inteligencia; comenzó por la inteligencia y ahora ha llegado hasta las más profundas raíces de la inteligencia.

En el siglo XVI y sobre todo en tiempos de Descartes, mientras se destruyen las jerarquías de los valores interiores de la razón, al separarse la filosofía de la teología para reivindicarse el título de ciencia suprema y al sobreponerse, al mismo tiempo, la ciencia matemática del mundo sensible y de los fenómenos a la metafísica, la inteligencia humana comienza a hacer profesión de independencia tanto con relación a Dios como con relación al ser:

a) con relación a Dios, es decir, al objeto supremo de toda inteligencia, a quien no reconoce sino a su pesar, y cuyo conocimiento íntimo, procurado sobrenaturalmente por la gracia y la revelación, no aceptará;

b) con relación al ser, es decir, con relación al objeto connatural de la inteligencia como tal, al que ya no se adecúa humildemente y al que quiere ahora captar por medio de ideas de geométrica claridad que se imagina innatas en sí.

Según esta doctrina, el orden de la inteligencia a su objeto queda destruído. Pero nosotros somos tan materiales que apenas podemos comprender la significación terrible, bañada en sangre y en lágrimas, de estas palabras abstractas. Apenas podemos representarnos la inmensa subversión, la enorme catástrofe que esas palabras significan.

La revolución que comienza con Descartes y que continúa con los filósofos de los siglos XVIII y XIX y que no ha hecho otra cosa que poner en libertad las fuerzas destructoras, siempre activas en la razón de los hijos de Adán, es un cataclismo histórico infinitamente mayor que los más temibles trastornos de la corteza terrestre o de la economía internacional. (DrA)

2. Agnosticismo, naturalismo e individualismo son los síntomas del mal que ataca las raíces misma de la inteligencia

Los grados de evolución a que ha llegado el pensamiento después de las grandes transformaciones iniciada con la reforma de Descartes, permite discernir tres síntomas principales del mal que afecta, hoy en día, las raíces mismas de la inteligencia.

1.- La inteligencia cree afirmar su poder negando y rechazando, tras la teología, la metafísica como ciencia, renunciando a conocer la Causa primera y las realidades inmateriales y alimentando una duda, más o menos refinada, que hiere a la vez la percepción de los sentidos y los principios de la razón, es decir, aquello mismo de que depende nuestro conocimiento.

Este presuntuoso hundimiento del conocimiento humano se puede calificar con una sola palabra: agnosticismo.

2.- Al mismo tiempo desprecia la inteligencia los derechos de la Verdad primera y rechaza el orden sobrenatural, que considera imposible, y esa negación se extiende a toda la vida de la gracia. Digámoslo con una sola palabra: naturalismo.

3.- En fin, la inteligencia se deja seducir por el espejismo de una concepción mítica de la naturaleza humana. De ahí que reivindique, con el completo dominio de la naturaleza, una autonomía superior y una plenitud de autosuficiencia propia de las formas puras, como si tales cosas se nos debieran por estricta justicia. Esto es lo que se puede llamar individualismo.

Sostengo que estos tres grandes errores son los síntomas de un mal verdaderamente radical, toda vez que atacan la raíz misma, la triple raíz racional, religiosa y moral de nuestra vida.

Subrayemos una vez más que la integridad de la razón natural, la sencillez del ojo de la inteligencia, para hablar como el Evangelio, y la profunda rectitud del sentido común, son las que han sufrido las heridas motivadas por esos errores.

¡Extraña suerte la del racionalismo! Ha intentado romper con todo a fin de conquistar el universo y someterlo todo al nivel de la razón, y he aquí que al final se viene a renunciar a lo real, se disuelve el objeto del conocimiento en una especie de materia dinámica que se llama el Devenir o la Evolución, reemplazándose el esfuerzo del pensamiento y del discernimiento lógico por una especie de juego refinado del instinto, de la imaginación, de la intuición, de las conmociones viscerales. Y ya no se atreve uno a juzgar. (DrA)

3. Si no se salva la inteligencia, no se salvará nada

Es preciso comprender que nada inferior a la inteligencia puede remediar los males que la aquejan y que han venido por ella. Al contrario, la inteligencia misma es quien debe subsanarlos.

Si no se salva la inteligencia, no se salvará nada. Por más enferma que esté, siempre conserva en su interior una vitalidad esencial que nada puede destruir ni corromper, manteniéndose siempre, en el orden metafísico, como la facultad más noble del ser humano.

Debido a la indefectible energía de su naturaleza espiritual, el mal que la afecta, por más radical que sea, sigue siendo accidental, del orden del obrar, y nunca podrá atacar su condición esencial. Precisamente cuando ese mal se manifiesta mejor es cuando hay más motivo para esperar la reacción saludable; basta con que se percate del mal y se volverá contra él.

Los males que estamos sufriendo han penetrado de tal manera en la sustancia humana, han causado destrucciones tan generales, que todos los métodos defensivos debidos, ante todo, a la estructura social, a las instituciones, al orden moral de la familia y de la ciudad, se encuentran si no destruídos, al

menos gravemente quebrantados. Todo cuanto era humanamente firme se halla comprometido, lo cual es, para la naturaleza humana, una situación anormal y tan peligrosa como posible.

En todo caso, ésta es la mejor prueba de que, en adelante, todo depende de la restauración de la inteligencia. Esas verdades metafísicas, que Pascal hallaba muy extrañas al sentimiento común de los hombres, serán en lo sucesivo el único refugio y salvaguarda de la vida común y de los intereses más inmediatos de la humanidad.

Las tentativas de enderezamiento político y social provocadas, en medio del desorden universal, por el instinto de conservación, no evitarán el retorno al despotismo brutal y efímero ni llegarán a realizar algo estable mientras no sea restituida la inteligencia.

El movimiento de renovación religiosa que se perfila en el mundo no será durable ni verdaderamente eficaz, si primero no se restaura la inteligencia. Ante todo la Verdad. (DrA)

VII

CRÍTICA DE ORDEN HISTÓRICO AL IDEALISMO DEL MUNDO MODERNO

1. La lógica concreta de los acontecimientos históricos

A fin de evitar malentendidos, quisiera aclarar de inmediato que mi punto de vista será aquí, no el de la mera lógica de las ideas y doctrinas, sino el de la lógica concreta de los acontecimientos históricos, esto es, el punto de vista de la filosofía de la cultura y no el de la metafísica.

Desde este punto de vista, creo que podemos comenzar con la siguiente definición general de Humanismo:

El Humanismo tiende esencialmente a hacer al hombre mas verdaderamente humano y a manifestar su grandeza original haciéndolo participar en todo cuanto pueda enriquecerle en la naturaleza y en la historia; requiere a un tiempo que el hombre desarrolle la virtualidades en él contenidas, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje para convertir las fuerzas del mundo físico en instrumento de su libertad.

Así entendido, el humanismo es inseparable de la civilización o de la cultura, tomadas ambas palabras como sinónimos.

¿Qué es lo que llamo lógica concreta de de los acontecimientos históricos?

Es el desarrollo histórico, determinado por la lógica interna de las ideas y doctrinas y por la forma en que operan esas ideas, así como por las contingencias históricas y por los actos de libertad que tienen lugar en ella.

Es aquí donde podemos apreciar con claridad el vicio particular del humanismo moderno. A mi juicio, este vicio tiene que ver no tanto con lo que este humanismo afirma, sino con lo que niega, rechaza y divide. Es lo que podríamos llamar una concepción antropocéntrica del hombre y de la cultura.

En lugar de una naturaleza abierta y de una razón abierta, lo que es naturaleza real y razón real, se pretende que existe una naturaleza y una razón aisladas en sí mismas, cerradas en sí mismas, excluyendo todo lo que no está en sí mismas. (S&P)

2. La disolución de la Edad Media y de sus formas sacras engendró una civilización profana

Para el pensamiento medieval el hombre no era, en su existencia concreta e histórica, un ser simplemente natural. Por una parte lleva en sí la herencia del pecado original, nace despojado de los dones de la gracia; por otra, está creado para un fin sobrenatural: para ver a Dios y llegar a la vida misma de Dios. Considerado existencialmente, puede decirse, pues, que es un ser natural y sobrenatural a la vez.

Estos conocimientos, ante todo teológicos, bastaban en la Edad Media, en la que todas las cosas eran miradas desde el punto de vista de Dios. Los misterios naturales del hombre no aparecían escrutados en sí mismos por un conocimiento científico y experimental.

En una palabra, la Edad Media fue todo lo contrario de una época de reflexión.

El hombre medieval, respondiendo a las iniciativas divinas, avanza con un movimiento directo, sencillo, sin preocuparse del conocimiento de sí mismo; con un movimiento, digamos, ingenuo, no mirándose a sí mismo sino de paso.

Mas, cuando el impulso de heroísmo, que así predominaba, se detuvo con la disolución de la Edad Media y el hombre recayó sobre sí, se sintió aplastado bajo la pesada estructura de un mundo que había construido él mismo y sintió todo el horror de no ser nada.

La catástrofe de la Edad Media abre así paso al humanismo moderno. La disolución radiante de la Edad Media y de sus formas sacras engendra una civilización profana.

La actitud práctica de los hombres del Renacimiento no comenzó, ni mucho menos, por una ruptura con el cristianismo. Así como el pesimismo de los reformadores hipertrofiaba el elemento cristiano del pecado original, el optimismo del Renacimiento hipertrofiaba también otro elemento cristiano, pero contrario: la convicción del valor de este ser humano que es imagen viva de Dios.

Con el Renacimiento, el hombre hace subir el cielo el grito de su grandeza y de su hermosura; con la Reforma el grito de su angustia y de su miseria; de todos modos la criatura, gimiendo y rebelándose, reclama ser rehabilitada.

Una cierta exigencia divina trabaja así en la época moderna. Podemos decir que se trata de una adquisición de conciencia y de un descubrimiento práctico de la dignidad propia de lo que está oculto en el misterio del ser humano.

Muchos progresos se han realizado de este modo, pertenecientes ante todo al mundo de la reflexividad y a la adquisición de conciencia de si. La ciencia emprende la conquista de la naturaleza creada; el alma humana saca de su subjetividad un universo; el mundo profano se diferencia según su ley propia; la criatura se conoce. Y tal proceso, tomado en sí, era normal.

Por desgracia para la historia moderna, todo ese proceso ha sido dirigido por un espíritu antropocéntrico, por una concepción naturalista del hombre. Y se ha realizado finalmente, no bajo el signo de la unidad, sino bajo el signo de la división.

Diremos, por ello, que el vicio radical del humanismo antropocéntrico ha sido lo que tenía de antropocentrismo, no lo que tenía de humanismo. (HI)

6. Dialéctica del humanismo antropocéntrico

6.1. La tragedia del hombre

En los primeros momentos de la Edad Moderna, primero con Descartes y luego con Rousseau y Kant, el racionalismo había creado una imagen altiva y espléndida de la personalidad del hombre, indestructible, celosa de su autonomía y, finalmente, buena en esencia.

En nombre de los derechos y de la autonomía de esta personalidad, la polémica racionalista había condenado cualquier intervención externa en este universo perfecto y sagrado, tanto si tal intervención provenía de la revelación y de la gracia, como si arrancaba de una tradición de sabiduría humana, o de la autoridad de una ley cuyo autor no fuera el hombre, o de un soberano Bien que solicitase su voluntad, o, en fin, de una realidad objetiva que midiera o regulara su inteligencia.

Pero, en poco más de un siglo, ha declinado esa orgullosa personalidad antropocéntrica, deshaciéndose rápidamente, arrastrada en la dispersión de sus elementos materiales.

Señálase aquí un primer tiempo, significativo en el terreno de la biología, con el triunfo de las ideas darwinianas referentes al origen simiesco del hombre. Según esta manera de ver, el hombre no resultaba solamente el producto de una larga evolución de especies animales, sino que salía de esta evolución biológica sin descontinuidad metafísica, sin que, en un momento dado, comience con el ser humano algo completamente nuevo en la serie.

El darwinismo no ha podido quebrantar la idea cristiana del hombre y de la persona humana, apoyada en el dogma revelado, pero si ha inferido un golpe mortal a la idea racionalista de la persona humana.

El segundo golpe, el golpe de gracia, podríamos decir, había de dárselo Freud en el terreno de la psicología (no me refiero a los métodos de investigación psicológica de Freud, en los que hay descubrimientos geniales, sino a su metafísica).

¿En qué se ha convertido el hombre de nuestros días, para el pensamiento racionalista y naturalista? Tan bajo ha descendido el centro de gravedad del ser humano, que ya no hay, propiamente hablando, personalidad para nosotros, sino tan sólo el movimiento fatal de las larvas polimorfas del instinto y del deseo, y toda la bien regulada dignidad de nuestra conciencia personal parece una máscara engañosa.

En definitiva, el hombre no es sino el lugar de cruce y de conflicto de una libido, ante todo sexual, y de un instinto de muerte.

El hombre, primeramente concebido como figura heroica y casi divina y, al mismo tiempo, como ser puramente natural, cae así, según la ley de todo paganismo, en una caricatura antinatural de su propia naturaleza.

6.2. La tragedia de la cultura

Considerando las cosas desde el punto de vista de la cultura, ¿cuál ha sido la dialéctica propia del humanismo antropocéntrico?

Podemos distinguir tres aspectos o momentos inseparablemente ligados, porque se presentan en continuidad, a pesar de violentas oposiciones secundarias. Se han sucedido cronológicamente, mas también coexisten, mezclados unos a otros en grados diversos.

1.- En un primer momento (siglos XVI y XVII), en que la civilización prodiga sus mejores frutos, se piensa que tiene que instaurar, por la sola virtud de la razón, un cierto orden humano, que es entonces aún concebido de acuerdo con el estilo cristiano heredado de las edades precedentes, estilo que se va haciendo forzado y comienza a viciarse.

Este es el momento 'clásico' de nuestra cultura, el momento del naturalismo cristiano.

La cultura, en lugar de orientar su bien propio, que es un bien terrestre, hacia

la vida eterna, busca en sí misma su fin supremo, que es la dominación del hombre sobre la materia. Dios suministra la garantía de esta dominación.

2.- En un segundo momento (siglos XVIII y XIX), se ve que una cultura que se mantiene separada de las supremas medidas sobrenaturales, tiene que tomar, necesariamente, partido contra ellas. Se le pide entonces que libere al hombre de la superstición de las religiones reveladas y que abra a la bondad natural las perspectivas de una seguridad perfecta, debido al espíritu de riqueza que ha acumulado los bienes de la tierra.

Es el momento del optimismo racionalista, el momento 'burgues' de nuestra cultura.

La cultura se propone ante todo dominar la naturaleza exterior y reinar sobre ella por un proceso técnico, bueno en sí, pero que pasa a obtener la primacía. De él se espera que cree, gracias a la ciencia físico-matemática, un mundo material en que encuentre el hombre, según las promesas de Descartes, una perfecta felicidad. Dios se convierte en una idea.

3.- Un tercer momento (siglo XX) es el de la inversión materialista de los valores, el momento 'revolucionario', en que el hombre, poniendo decididamente su fin último en sí mismo y no pudiendo soportar más la máquina de este mundo, emprende una guerra desesperada para hacer surgir, de un ateísmo radical, una humanidad completamente nueva.

Sean las que fueren las ventajas obtenidas en otros aspectos, las condiciones de vida del ser humano se hacen así cada día más inhumanas.

El tercer momento consiste en un retroceso progresivo de lo humano ante la materia. Para reinar sobre la naturaleza sin tener en cuenta las leyes fundamentales de su naturaleza, el hombre queda constreñido, en su inteligencia y en su vida, a subordinarse cada vez más a necesidades, no humanas sino técnicas, y a energías de orden material que él pone en acción y que invaden el propio mundo humano. Dios muere para el hombre materializado, que piensa no poder ser hombre más que si Dios no es Dios.

6.3. La tragedia de Dios

Consideremos finalmente la dialéctica del humanismo antropocéntrico por el lado de Dios o de la idea que el hombre se forma de Dios. Puede notarse que esta idea, en la misma medida en que deja de ser sostenida y purificada por la revelación, sigue el destino de la cultura.

Hemos dicho que en el primer momento de la dialéctica humanista, Dios garantiza la dominación del hombre sobre la materia. Este es el Dios cartesiano. Para Descartes, Dios es el fiador de la ciencia y de la razón geométrica y su idea es la idea más clara. Y, sin embargo, el infinito divino es declarado absolutamente inescrutable, de manera que en el racionalismo cartesiano se presenta ya un germen de agnosticismo.

Hemos dicho también que, en el segundo momento de la dialéctica humanista, Dios se convierte en idea. Este es el Dios de los grandes metafísicos idealistas. Rechazada la trascendencia divina, ocupa su lugar una filosofía de la inmanencia. Con Hegel, Dios aparecerá como el límite ideal del desarrollo del mundo y de la humanidad.

Finalmente, en el tercer momento de la dialéctica humanista, Nietzsche sentirá la terrible misión de anunciar la muerte de Dios.

¿Cómo podría Dios vivir aún en el mundo en que su imagen, es decir, la personalidad libre y espiritual del hombre, está a punto de ser borrada?"

VIII

APERTURA Y UNIVERSALISMO TOMISTA

(Nota: Se afirma corrientemente que Maritain tuvo en el curso de su vida dos posiciones tomistas completamente diferentes, una – al comienzo de su carrera y hasta fines de la década de los 20s – intransigente, "osca" y excluyente respecto de las filosofías modernas y otra posterior, abierta a la modernidad. Las citas presentadas a continuación en estricto orden cronológico, demuestran que su posición tomista fue siempre la misma.)

1. 'Theonas', 1921

La filosofía perenne es una filosofía viviente, porque es verdadera. Ahora bien, es claro que, si esa doctrina ha de permanecer entre los hombres, deberá asimilar constantemente lo que es 'otro' fuera de sí misma, así como lo que es nuevo; para ello, debe permanecer en contacto y, si es posible, en continuidad en el orden material con todo lo que no es ella misma. Mientras más fuertes espiritualmente sean los principios que la animan, más capaz será de asimilar e integrar todas las cosas.

Sería un error mortal aislar la verdad en una casa de apestados. Y aseguro que los filósofos escolásticos han cometido a menudo este pecado, un pecado del que el profesor y el pedagogo son particularmente culpables.

Son las verdades parciales – que a veces se destacan con un relieve extraordinario en la falsa luz y en la tosca perspectiva de doctrinas erróneas – las que debemos reunir y salvar, con el cuidado que una filosofía digna de su nombre debe tener por todo lo que es.

Estos son los alimentos que la verdadera filosofía debe asimilar. El tomismo ha ayunado por trescientos años. La historia de la filosofía moderna ha preparado algunos sabrosos platos como para quebrar ese ayuno.

2. 'Antimoderno', 1922

Sería de una ingenuidad extrema abordar el pensamiento moderno y simpatizar con todo lo que tiene de bueno, sin tomar la precaución de discernir sus principios espirituales.

Por el contrario, solamente una vez hecha tal distinción, una vez asegurado el trabajo de entendimiento que garantice el carácter específico de nuestra vida intelectual, entonces y sólo entonces, podremos y deberemos dejar que juegue libremente la tendencia universalista, tan admirablemente manifiesta en Santo Tomás de Aquino, que obliga al pensamiento a buscar en todo las concordancias más que las oposiciones, los fragmentos de verdad más que sus privaciones y desviaciones, a salvar y retomar más que a derribar, a edificar más que a destruir.

El pensamiento de Santo Tomas, en el cual nos esforzamos por inspirarnos en este primer libro, no es el pensamiento de un siglo ni de una secta… es en realidad un pensamiento universal y perdurable, elaborado primeramente por la razón natural de la humanidad; esta doctrina ha sido formulada por Santo Tomás de Aquino no como su doctrina, sino, todo lo contrario, como doctrina independiente de él mismo, como doctrina común: como el bien común del cual Tomás no es más que el fiel ecónomo, como la sabiduría común de la cual no fue más que el agente de transmisión, sabiduría que, aparte de estar formada, podrá crecer y desarrollarse sin fin, y asimilar toda verdad: porque siendo espiritual no esta sujeta al envejecimiento y a la muerte.

3. 'Reflexiones sobre la Inteligencia', 1924

Nosotros distinguimos entre las directivas espirituales del pensamiento moderno y las riquezas materiales que éste pone en obra. Tal distinción nos permite integrar todas las riquezas de verdad, todos los matices de vida del pensamiento moderno, sin concesión alguna a sus errores, asunto que hemos procurado trae a luz en 'Antimoderno' y 'Theonas'.

4. 'Siete lecciones sobre el Ser', 1934

Un sistema filosófico mal fundado es un sistema adaptado a la visión de una época y solamente de una época. A causa de esto, su contextura menos sólida le permite arrojarse con mayor rapidez (ciertamente para perecer de inmediato) sobre los nuevos aspectos de la verdad que surgen en ese preciso momento. Se puede afirmar que todos estos sistemas mal fundados constituyen una filosofía virtual y en gestación, cimentada en fórmulas opuestas y doctrinas contrarias, y guiada por lo poco que todas contienen de verdad.

Si existe entre los hombres un organismo doctrinal basado por completo sobre principios verdaderos – y tal es para nosotros el caso del tomismo – se incorporará con mayor o menor lentitud – según el grado de pereza de los tomistas –, realizará progresivamente en sí esa filosofía virtual, que llegará de inmediato a ser visible y capaz de vestirse de fórmulas, a formarse y a disponerse orgánicamente. Así es como, según nuestra manera de pensar, el tomismo está destinado a actualizar, progresando también él, el progreso de la filosofía.

5. 'Confesión de Fe', 1939

Los diferentes sistemas filosóficos, no obstante lo erróneamente fundados que sean, constituyen en alguna medida, en su conjunto, una filosofía virtual y fluida, en la que se sobreponen formulaciones contradictorias y doctrinas adversas, y que es sobrellevada por los aspectos de verdad que contiene.

Por ello, si existe entre los hombres un cuerpo doctrinal sustentado por completo sobre principios verdaderos, tal doctrina incorporará, más o menos tardíamente, a causa de la pereza de sus defensores, pero progresivamente en sí misma tal filosofía virtual, dando forma, en un grado proporcionado, a su ordenación orgánica. Tal es mi idea sobre el progreso de la filosofía.

6. 'Angelic Doctor'. Conferencia, 1951

El Doctor Angélico ha equipado a la Razón Cristiana. Eso no puede cambiarse. Eso abre ante nosotros un campo de profunda significación, de nuevos desarrollos, de nuevos descubrimientos y de nuevas conquistas, porque la Razón Cristiana no está equipada para dormirse sobre sus propios tesoros o para repetir fórmulas de libros escolares, sino para luchar y avanzar incesantemente para liberar las verdades que el error mantiene cautivas y, así, dar respuesta a los nuevos problemas y a las nuevas angustias que, a cada paso de la historia, enfrenta el género humano...

El tomismo no es un puesto de vigilancia construido para mantener dentro de los límites de la prudencia las intenciones de convertir a la Razón Cristiana en tributaria de cualquier moda filosófica. El tomismo es el arsenal de la Razón Cristiana – y de la simple razón natural – en su trabajo y esfuerzo por conquistar nuevos territorios. El punto principal es entender que las llaves preparadas por el Doctor Angélico están destinadas a abrir puertas, no a cerrarlas.

7. 'La verdad y la confraternidad humana', 1957

No hay tolerancia entre sistemas filosóficos – un sistema no puede tolerar otro sistema, porque los sistemas son conjuntos abstractos de ideas que sólo tienen existencia intelectual, en la que la voluntad de tolerar o no tolerar no tiene lugar –, pero puede haber justicia, justicia intelectual, entre sistemas filosóficos.

Si no amamos el pensamiento y el intelecto del otro como intelecto y pensamiento, ¿cómo vamos a atrevernos a descubrir qué verdades son expresadas por ellos si nos parecen tan erróneos y desviados y, al mismo tiempo, cómo vamos a ser capaces de liberar dichas verdades de los errores que las someten, para restablecerlas en una sistematización auténticamente verdadera?

8. 'El Campesino del Garona', 1967

¿Qué significan las palabras verdadera filosofía?

Significan que, siendo verdaderos los principios, y estando organizados entre sí de una manera conforme a lo real, tal filosofía (posible) está, por lo mismo, equipada para avanzar de siglo en siglo (si los que la profesan no están muy satisfechos de sí mismos o si no son demasiado perezosos) hacia una mayor cantidad de verdad.

Esa filosofía tiene el deber de comprender inteligentemente las diversas doctrinas que se desarrollan de edad en edad haciéndole oposición, sacar de ello la intuición generadora y salvar las verdades que tales doctrinas mantienen cautivas.

9. 'Aproximaciones sin Trabas', 1973

El tomismo auténtico no es un punto final. Tampoco es la doctrina de un hombre. Sin duda que Santo Tomás ha asumido y llevado a la unidad sobre todo el trabajo de los Padres de la Iglesia y de los Doctores que lo precedieron, así como el de los grandes buscadores de Grecia y de las grandes mentes inspiradas de Israel. Ellos representan tesoros de lenta adquisición por la razón… Tesoros seculares que en un momento determinado fueron reunidos en un organismo inteligible, formado y destinado a crecer por siempre, que extiende sus ágiles brazos a través de los siglos, incesantemente preocupado de encontrar y abrazar nuevas verdades.

El tomismo auténtico nos es, como las caricaturas que han dibujado de él sus enemigo y, ¡ay!, algunos de sus defensores, una especie de fuerza policial intelectual o fuerza clerical uniformada, haciendo guardia para defender el pasado y lo que, correcta o erróneamente, se considera la verdad adquirida, preocupado nada más que de la refutación del error, siempre sospechando malicia y herejía en toda nueva germinación intelectual.

El Tomismo auténtico siempre experimentará el dolor agudo del parto de las nuevas verdades que deben ser descubiertas, reconocidas e integradas. Las llaves que laboriosamente ha creado tienen el propósito de abrir puertas, no de cerrarlas.